



EL CASTILLO PEÑAFIEL EN IBIZA

Mariano LLOBET ROMÁN

Lo que viví entonces

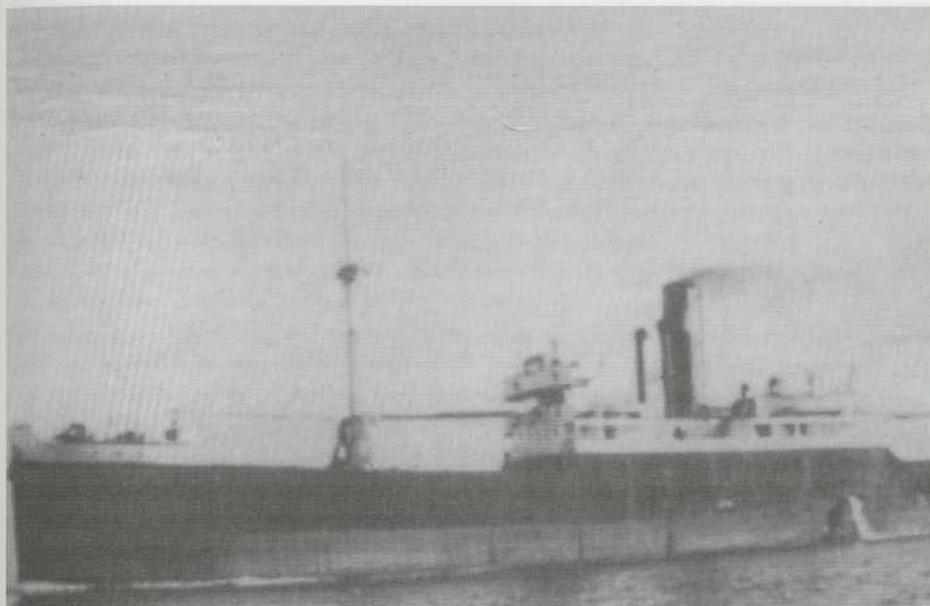


N las postrimerías del invierno de 1939 tenía yo 11 años y cursaba primero de bachiller según el recién estrenado plan de estudios de don Pedro Sainz Rodríguez, que tuteló, con su elogiabile obstinación humanista, a toda una generación. Obviamente, estábamos en guerra y me hallaba en zona nacional. Estudiaba en el Instituto de Enseñanza Media de Ibiza, que ocupaba entonces los pisos altos de la actual Casa Consistorial de la capital de la isla.

Quien conozca el edificio —antiguo convento de dominicos— convendrá conmigo en que, difícilmente, se puede hallar un emplazamiento con mejores

vistas. Situado al borde mismo del abrupto acantilado que en el circuito defensivo de la Real Fuerza de Ibiza hace inoperante la muralla, rompen a sus pies las normalmente suaves y casi imperceptibles olas de un mar, azul en extremo y transparente hasta lo inconcebible, que ganan la estrecha ribera de gruesa arena y pulidos cantos rodados. Los faros de Botafoc, de los Dados, del Espardell, de los Ahorcados, d'en Pou, de la Mola saludan día y noche con la luminosa nitidez de su silueta o sus destellos amigos al venerable ex monasterio que en mis días de estudiante albergaba, además del ayuntamiento, la cárcel del partido, la iglesia de Santo Domingo, una escuela primaria y algunas viviendas de clerecía. Nuestro patio de juegos, foro también de vecinos ancianos y desocupados sin quehacer, era la plaza de la propia sede municipal: la de España, entonces; antes, de la República, y aun antes, de Alfonso XIII. Su escenario de fondo era y es un mirador altanero sobre el antepuerto de Ibiza y el amplio Mediterráneo. Por su frente y por debajo pasaban, obligados, barquichuelos, *llauds*, buques de guerra y mercantes, todas las embarcaciones, en fin, que acudían en demanda del puerto de Ibiza.

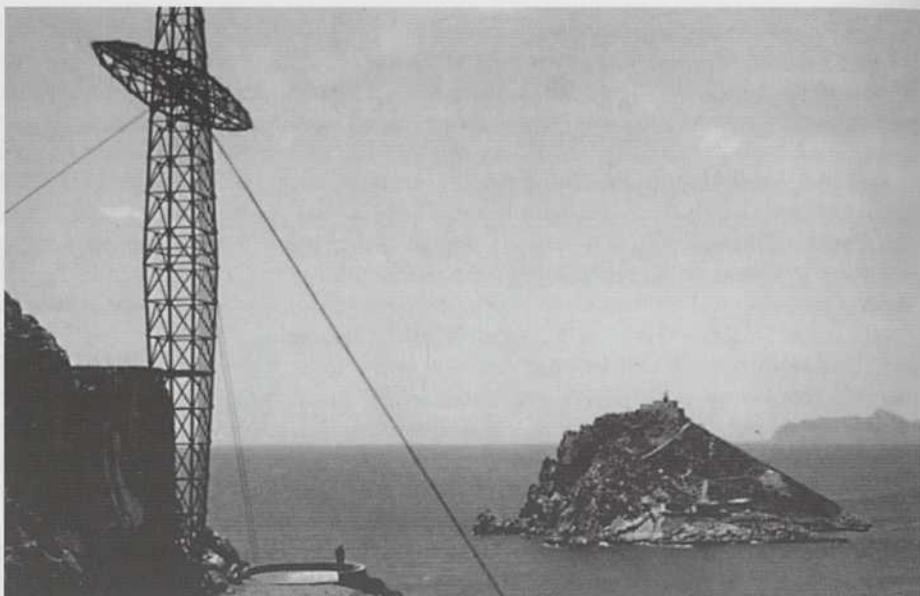
En las primeras horas de la tarde del miércoles día 8 de marzo de aquel año estaba con otros camaradas jugando a las canicas, con abstracción infantil, en la increíble tribuna referida. Inopinadamente, los veteranos tertulianos que departían, como cada tarde en la plazoleta, acomodados en sillas y tumbonas que traían de su propias casas, comentando las noticias de aquellos días que estaban anunciando a gritos el ansiado fin de la guerra, se agolparon presurosos ante el muro levantado al borde del despeñadero que se precipitaba al mar. Algo significativo observaban que con tal unanimidad reclamaba su atención. Al imitarlos con diligencia vimos fascinados cómo un barco de porte respetable, con aspecto de carguero y pronunciada escora, estaba doblando la isleta de Botafoc, para arrumbar hacia la bocana del puerto al tiempo que solicitaba práctico con sus insistentes toques de sirena. Pero lo que más nos asombró fue observar el increíble amontonamiento de soldados en toda su cubierta: de pie, tanto en su toldilla como en sus puentes y botes de salvamento; cabalgando en los pescantes y trincados brazos de las grúas; asiéndose a las jarcias; apoyándose en la borda. Pudimos contemplar el espectáculo a placer, pues el buque, obligado a detenerse mientras se le abrían las redes de defensa antisubmarina que por aquel entonces cerraban el puerto, se ofrecía plenamente abierto a la curiosidad de quienes lo contemplábamos desde el mejor de los observatorios posibles. Pero cuanto más lo mirábamos, más interrogantes se nos abrían a los congregados en aquel portentoso estrado. ¿Por qué tal hacinamiento de tropas en cubierta? ¿De dónde procedía aquel extraño vapor, de elevada chimenea y altas mangueras de ventilación, que enarbolaba la bandera nacional? ¿A qué se debía su notoria escora? Siéndonos sólo visible la banda de babor, no podíamos evaluar los quebrantos producidos por causa del impacto que tenía en la de estribor. Los adultos quizá pudieran explicárselo, pero a una pueril mentalidad se le multiplicaban los interrogantes y las fantasías. Lo evidente,



Castillo Peñafiel, ex Smidovich. (Foto: colección César O'Donnell. *Revista Española de Historia Militar*, marzo 2001).

sin embargo, era que estábamos ante un acontecimiento que rompía la monotonía de los últimos días de una guerra que desde hacía tiempo dábamos por ganada y que, por tanto, en forma alguna podíamos atribuir la llegada de aquel extraño barco a un revés, ni siquiera a un simple contratiempo, de «los nuestros».

Como el espectáculo prometía, abandonamos el juego de bolitas y nos dirigimos a todo correr hacia los muelles. Íbamos cuesta abajo. La carrera se nos hizo breve; bajamos por la Carroza, doblamos «es Piló», atravesamos el patio de armas de la Real Fuerza, cruzamos la principal entrada a Dalt Vila, pasando bajo el monumental escudo de armas de Felipe II —*rege catholico et invictissimo hispaniarum*—, galopamos impulsados por la inercia de su acentuada pendiente por el Rastrillo y llegamos al puerto. El barco aun no había entrado en él, y fuimos a su encuentro subiendo al paseo de la escollera; ya enfilaba el buque la entrada y al verlo de más cerca nos sorprendió todavía más la enigmática aglomeración, que los corrillos de curiosos explicaban asegurando que los soldados procederían de algún naufragio o vendrían a nutrir una concentración de fuerzas para desembarcar seguidamente en Valencia o Alicante, aún en la otra zona. Fuimos al muelle de levante que es donde iniciaba la maniobra de ataque. Allí ya pudimos observar sorprendidos un boquete en la amura de estribor que formaba una cruz de planchas alzadas cerca de la proa y que



Frente a la isla de Escombreras se levantaba esta cruz que recordaba la tragedia del *Castillo Olite*. (Foto publicada en la *Revista de Historia Militar*, abril 2001).

penetraba bajo la línea de flotación, mal taponado por un amasijo de tablones de madera y sacos enteros de cemento. Atracó el buque. Era el *Castillo Peñafiel*. Subieron a bordo autoridades de marina. Bajaron casi inmediatamente unas camillas llevadas por los propios soldados. Decían que eran heridos y así se apreciaba claramente. Llegó personal de la Cruz Roja y Sanidad. Se empezó a hablar de muertos. Se aclaró el misterioso origen del barco: venían de intentar un desembarco en Cartagena. Alguien señaló que otro buque igualmente repleto de tropas —decían que era el *Castillo Gibralfaro*— había fondeado en las Salinas, en su embarcadero de la Canal. Empezaron a descender soldados. Formaron unos; otros quedaron fuera de la formación. Nos percatamos entonces, a causa de la siempre renovada y sorprendente impresión de lo mucho que cabe en un navío, de su elevadísimo número. «Son más de dos mil», comentaban unos curiosos. Muchos de los llegados preguntaban insistentemente por una iglesia. La cercana y ancestral de los marineros, San Telmo, la habían derruido los rojos durante su corta estancia en la isla. Hubo que encaminarlos, pues, hacia la de Santo Domingo, en el interior de la ciudad amurallada, y hacia allí se dirigieron. Al llegar, no cabían prácticamente en el templo y allí cantaron una emotiva salve de acción de gracias, más que justificada, como sabríamos más tarde, pues de buena se habían librado.

Ya no pude ver más. Se me hacía tarde para llegar a casa en hora conve-

niente. Entonces, como tantas otras familias, la mía se había refugiado, huyendo de posibles ataques aéreos y marítimos a la ciudad, en una casa de campo de la parroquia de San Rafael. Como cada día, hice el recorrido a pie, aunque con más premura de lo habitual por lo tarde que se me había hecho y por la ilusión de llevar a casa unas inusitadas albricias. Aquellos tiempos eran de renuncia y sacrificio. Era normal para un joven estudiante, como me ocurría a mí, caminar diez o más kilómetros diarios para asistir a su centro académico. Aun no se había inventado el transporte escolar, que hoy exigen algunos padres intentando obviar que sus hijos caminen unos pocos metros para acudir a la escuela. Quizás por ello, entre otras causas atribuibles a las privaciones de la guerra, era desconocida la obesidad infantil. Al llegar a casa, ya intranquillos los familiares por mi desusada tardanza, escucharon absortos mi relato. No encontraban razonable explicación a lo sucedido, repitiendo por ello los comentarios llenos de interrogantes que ya había escuchado en la ciudad.

A la alborada siguiente, como cada día de mi curso escolar y —remedando a Homero— «cuando la Aurora de rosados dedos, hija de la Mañana, anunció el día», emprendí la diaria caminata hacia el instituto. Mi abuela, compadecida por los sufrimientos de aquellos soldados, me dio un queso y una sobrasada para que se los entregara a través del departamento de «ayuda al combatiente». Antes de entrar propiamente en la ciudad de Ibiza, por donde se hallaba entonces el campo de fútbol, en unos lavaderos públicos allí existentes, me encontré ya con varias agrupaciones de soldados que hacían sus abluciones matinales. Me dirigí a ellos y ni corto ni perezoso largué enseguida al primer grupo con el que contacté el queso y la sobrasada, que allí mismo devoraron con chuscos de munición que sacaron de sus macutos. Viendo sus cartucheras repletas de balas les pedí algunas para adornar con sus balines mi cinturón, como era moda entonces en la muchachada. Ellos, en correspondencia por el manjar que consumían y encontraban al parecer exquisito, me facilitaron varios peines que, aún incrédulo por el presente, metí presuroso en la cartera de los libros, siguiendo mi camino hacia Dalt Vila. Al llegar al instituto, se nos comunicó que no habría clase aquel día para que todos pudiéramos auxiliar y agasajar en lo posible a la tropa recién venida. Después de presumir con los peines de balas ante mis compañeros y vaciar algunas para incendiar su pólvora, en el Soto cercano, guardando su preciados balines, bajamos a la Marina, dirigiéndonos hacia los Teatros Serra y Pereira, donde habían alojado a una parte de la fuerza y donde confraternizamos con los soldados, dándoles algún cigarrillo que pedíamos a familiares y transeúntes, y la mucha información que nos solicitaban.

Por razones de seguridad y posiblemente por pundonor militar, en la prensa local (*Diario de Ibiza y Viva España*) del jueves 9 de marzo se silencia la llegada del *Castillo Peñafiel* a Ibiza, pese a que en la del día 6 se había dado cuenta de la sublevación en Cartagena y de la huida de la Flota roja, y el mismo 9 se informaba de que habían llegado a Bizerta el día 8 once navíos

rojos, y a Orán, otros siete. No hemos de olvidar que por estar entonces en estado de guerra existía una férrea censura militar sobre la prensa, a la que lógicamente, sería atribuible el que se silenciara una de las incidencias más significativas acaecidas en Ibiza durante la contienda. En los días posteriores fueron apareciendo, sin embargo, noticias referidas a los forzosos visitantes: se reseña una misa de acción de gracias en Santo domingo, oficiada por el capellán castrense Alfredo Castro; se resalta el entierro del maestro armero Arturo Flores González, «muerto en acción de guerra»; se publican numerosas peticiones de madrinan de guerra ibicencas realizadas por soldados de Infantería del Regimiento de Zamora número 29 y del batallón expedicionario del de Infantería de Marina, unidades a las que pertenecían los llegados con el buque cañoneado, etc. Pero, invariablemente, en estudiada vaguedad. Incluso un largo y poético artículo de despedida aparecido en el *Diario de Ibiza* del viernes 11 de mayo, firmado por F. Jiménez de Llano, respira una imprecisión absoluta. Se titula «Al finalizar una visita. El recuerdo de Ibiza nos acompañará siempre». Ninguna referencia al barco, ni a la misión, ni al fracaso, pero sí un mensaje de patriotismo y gratitud con los ditirambos propios del momento: «¡Llegan los soldados de la Patria! Vienen sucios, rotos tras la gran batalla. ¡Pero llegan victoriosos! Son soldados de Franco. Forjadores del Imperio... Ibiza los recibe con cariño extraordinario. Los mima. Los cuida con ternura de madre y hechizos de novia... Ibiza siente como nadie el renacer de la Patria. Nos lo ha demostrado estos días».

Poco descanso se dio a las molidas fuerzas. El 10, a última hora, embarcaban ya a bordo del *Castillo Monforte* y del *J. J. Sister* rumbo a su lugar de procedencia, Castellón, mientras el *Castillo Peñafiel* quedó en Ibiza hasta el 14, en que partió para Palma, después de habersele hecho una reparación de urgencia que permitiera el viaje, operación que seguimos curiosos los chavales de Ibiza.

Lo que conocí después

A primeros del mes de marzo de 1939, ocurrieron en el campo frentepopulista tres sucesos que precipitaron el desmoronamiento de su resistencia: el inicio de una rebelión en Cartagena, con la huida de la Armada republicana hacia Túnez; el alzamiento del coronel Casado, en Madrid, y la precipitada salida de España del doctor Negrín, con muchos de sus ministros y principales líderes políticos de izquierdas. Pese a todo, la guerra no estaba ganada aún por los nacionales. Les faltaba ocupar un territorio de mayor extensión a la que alcanzaba el conquistado en el curso de toda la contienda. Quizá por ello en el Cuartel General del Generalísimo se pensó que el triunfo de la sublevación en Cartagena podía suponer la inmediata victoria de las tropas nacionales. Y se decidió por ello apoyarla contundentemente con el masivo y rápido envío de

una impresionante fuerza de ocupación, cuando en la madrugada del día 5, por la emisora de la Marina republicana FR-1 de los Dolores, se proclamó que Cartagena se ponía a las órdenes de Franco, que se habían sublevado las baterías de costa y que, por tanto, podían entrar libremente en el puerto los buques nacionales. Y así era en efecto en aquel momento. Nada menos que una flota de 29 barcos, entre los de guerra, auxiliares y mercantes, repletos de tropas, participaron en la operación. Cuatro procedían de Palma de Mallorca; diez, de Castellón; otros diez, de Málaga, y cinco, de Cádiz. Los soldados embarcados constituían un verdadero ejército. Según Luis Miguel Pérez Adán «rondaban la cifra de los 20.000» (1), de los que unos 13.000 embarcaron en El Grao de Castellón, procediendo casi todos de la 83 División del general Martín Alonso. El resto, los que salieron de Málaga, formaban parte de la División 122 del coronel Redondo, acantonada en Córdoba (2). Todos se dirigieron hacia Cartagena con una celeridad sorprendente y una falta de adecuadas planificación y precaución, aún más pasmosas, que si bien imponían lo inestable del movimiento rebelde y su discutible unidad, multiplicaban hasta llegar a la temeridad los riesgos de una operación que empieza a denominarse «expedición sobre Cartagena».

La revuelta, que tuvo lugar durante los días 4, 5, 6 y 7 de marzo, se convirtió en un verdadero caos y a la postre en un estrepitoso fracaso. Prácticamente todos los autores que han historiado nuestra guerra se refieren al tema, aunque no en la profundidad que exige su importancia, en gran parte por lo arduo que resulta desenmarañar el tremendo embrollo que produjo el confuso raudal de acontecimientos, conductas y actitudes que en pocas horas se dieron en aquella plaza. El libro de Luis Romero, *Desastre en Cartagena*, es ya un clásico sobre la cuestión, y su esfuerzo para desenredar la trágica madeja es realmente ejemplar. La chispa que prendió el fuego de la insubordinación fue el nombramiento por Negrín el día 3 de Francisco Galán —siguiendo su terminal política desesperada de entregar todo el mando militar a los comunistas en busca de una resistencia a ultranza— como jefe de la Base de Cartagena, cargo del que éste toma posesión, pese a la inconformidad de todas las fuerzas vivas de la localidad, al traspasarle dócilmente sus poderes el general Bernal, el día 4 a las 2100 horas (3). Poco le duró su nuevo empleo, pues a las 2300 horas entró en su despacho, pistola en mano, el capitán de navío habilitado Fernando Oliva, que le detiene y encierra con centinelas de vista. Se está ya pues en franca rebelión. Lo que ocurre es que unos desobedecen a Negrín, otros van a favor de Franco y, más tarde, muchos se adhieren al golpe del coronel Casado en Madrid. El general de Infantería de Marina retirado Rafael Barrionuevo

(1) *El Hundimiento del Castillo Olite*. Pág. 146.

(2) MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *El final de la Guerra Civil*. Monografía n.º 17 del Servicio Histórico Militar. Pág. 223 y siguientes.

(3) DE LA CIERVA, Ricardo: *Agonía y Victoria (El Protocolo 277)*. Pág. 160 y siguientes.

Reyes, de ideales claramente derechistas, se pone al frente de la conjura y, aunque fracasa, consigue que la Armada republicana —propicia a ello— abandone la base y que desista de regresar cuando parece que ha abortado la intentona. El golpe de gracia a la misma lo da, finalmente, el joven y decidido mayor de Milicias, Artemio Precioso, al frente de la Brigada Mixta 206, enviada a Cartagena por Negrín, poco antes de su escapada, para evitar cualquier alzamiento, apoyar a Galán e impedir la marcha de la Flota. A través de las radios FR-1 de Cartagena, primero, y después desde la del submarino C-2, atracado cerca del arsenal, el general Barrionuevo consigue contactar con el Cuartel General de Burgos, al que va dando cuenta de la cambiante situación del Departamento marítimo, cada vez más sombría para los alzados.

Pero lo que realmente interesa aquí es destacar la participación que en «la expedición sobre Cartagena» tuvo nuestro buque *Castillo Peñafiel*. Éste no era otro que el carguero soviético *Smidovich*, de 2.485 toneladas, construido en 1918 y capturado con víveres a la entrada de Bilbao el 10 de enero de 1937 por el destructor nacional *Velasco*. Declarado buena presa, fue rebautizado con los nombres de *Pasajes* y *Castillo Peñafiel* (4). El 6 de marzo se hallaba en El Grao de Castellón a la espera de participar como transporte de tropas en la aventura.

En la *Revista Española de Historia Militar* y en sus números correspondientes a marzo y abril de 2001 se publicó un extenso artículo de Artemio Mortera Pérez, Lucas Molina Franco y Rafael A. Permy López, titulado: «Tragedia en Cartagena. La odisea del buque *Castillo de Peñafiel*», donde versada y detalladamente se describe la aventura de nuestro barco, destacando, en documentada investigación, las agresiones aéreas que sufrió en su accidentada travesía. Recomendamos su lectura a todos los interesados en el tema.

En el reducido puerto de Castellón, donde no era posible un conjunto embarque de las tropas, ni siquiera la simultánea permanencia en su interior de los buques allí convocados para el transporte, conforme se iban cargando los barcos iban saliendo hacia Cartagena, por órdenes superiores de Burgos, sin formar convoy ni esperar escolta de bajeles de guerra. Esta arriesgada premura, contraria a las órdenes iniciales del almirante Moreno, extrañó, lógicamente, al general Martín Alonso, quien pidió confirmación. La respuesta del Cuartel General del Generalísimo no pudo ser más desabrida: «No se meta donde no debe». La urgencia en el embarque era tal que el *Castillo Peñafiel* no pudo siquiera descargar la en parte peligrosa y en parte providencial carga que llevaba en sus repletas bodegas: ¡cerillas, bidones de gasolina!, tabloneros y sacos de cemento. Las fuerzas embarcadas tuvieron, por ello, que mal acomodarse en cubierta, pese a lo importante del contingente que las componían: el batallón expedicionario de Infantería de Marina del Ferrol, al mando del

(4) GONZÁLEZ ECHEGARAY, R.: *La Marina Mercante y el Tráfico Marítimo en la Guerra Civil*. Pág. 228.

comandante Gerardo Barro Pravia, un Grupo de Trasmisiones y los batallones 1.º y 13.º del Regimiento Zamora n.º 29, mandados por los comandantes Luis Enseñat Soler y José Mosquera Palleiro. El barco iba al mando del capitán de la Marina Mercante, habilitado como teniente de navío, Celestino Aguirre Olozaga, curtido profesional procedente de la Compañía Trasatlántica. Tanta era la urgencia que se zarpó sólo con órdenes verbales y no demasiado concretas, indicándose que se recibirían más detalladas antes de rendir viaje, absolutamente necesarias si pensamos que previamente a cancelarse la operación se pretendía: primero, descender en cabo Palos; luego, entrar resueltamente en el puerto de Cartagena, y, finalmente, desembarcar en Portman. A la postre resultó imposible recibir tales órdenes, pues



Celestino Aguirre Olozaga, comandante del *Castillo Peñafiel*. (Foto: A. H. M.).

el barco carecía de radio, la sección de trasmisiones que transportaba no sirvió para suplir su carencia y pese al gran despliegue naval no se avistó, inexplicablemente, ningún otro barco de la expedición en toda la singladura.

Al levar eran las 1600 horas del día 6 de marzo de 1939. Se le había adelantado en 45 minutos el infortunado *Castillo Olite* que inició, también, su derrota sin llevar a bordo una estación radiotelegráfica operativa y que tampoco se topó, misteriosamente, con ningún otro barco nacional antes de caer de lleno en la mortal trampa que le supuso su desprevenida entrada en la bahía de Cartagena. Al abandonar ambos barcos el puerto de Castellón, la rebelión en aquella ciudad estaba ya prácticamente dominada y la Escuadra republicana, con la que cabía tropezarse inopinadamente, navegaba dubitativa por el Mediterráneo. Para mayor desasosiego, la aviación republicana de la 2.ª Región Aérea (Murcia) no se había sumado a la rebelión en el Departamento y se aprestaba a desempeñar una inusitada actividad ante la masiva presencia de buques nacionales en la zona. Éste era el sombrío panorama que se presentaba para la «operación sobre Cartagena», en general, y para los buques *Castillo Olite* y *Castillo Peñafiel*, en particular.

En principio la travesía fue tranquila. Los barcos navegaban a unas 25 millas de la costa, que era enemiga, no hay que olvidarlo. A las 0700 horas del día 7 se encontraba nuestro buque frente a cabo Palos, pues su menor



José Mosquera Palleiro, jefe del 13.º Batallón del Regimiento de Infantería Zamora núm. 8. (Foto publicada en la *Revista Española de Historia Militar*, abril 2001).

andar le había rezagado. Por aquellas aguas le sobrevolaron unos aviones nacionales, lo que animó a los embarcados. Pero como nos cuenta José Fernández Gaytán (5), pronto serían aviones republicanos los que saldrían a su encuentro y le hostigarían. Entre las 1130 y las 1355 fueron atacados por un total de trece cazas enemigos que lo ametrallaron y bombardearon en cuatro distintos encuentros. La única defensa que se les pudo oponer fue la que proporcionaron los fusiles, fusiles ametralladores y ametralladoras de infantería que portaba la fuerza transportada. Con su elevado número, formaron una verdadera cortina de fuego, que consiguió derribar algunos aviones. Cinco seguros y uno probable, reivindicó el comandante Barro en su informe.

Anulada ya la operación, no se dio contraorden a los buques *Castillo Olite* y *Castillo Peñafiel*, carentes de radio, que siguieron por tanto su marcha fatal hacia Cartagena. El *Castillo Olite* fue cañoneado y hundido, a las 1100 horas, en la misma entrada del puerto de destino cuando pretendía ganarlo por entender que estaba ya ocupado por los nacionales. Se produjo con ello la mayor pérdida en vidas humanas jamás dada en un solo naufragio en la Marina española. Según Luis Miguel Pérez Adán (6) resultaron muertos en la explosión y posterior hundimiento 1.477 hombres; 342 heridos, de los que alguno pudo haber muerto, y 293 prisioneros. El mayor revés, en suma, del bando nacional en la guerra, a poco más de tres semanas de su término victorioso. Inaudito. Y la catástrofe podría haberse transformado en hecatombe si, como estuvo a punto de hacerlo, el almirante Buiza hubiera decidido regresar a Cartagena con su escuadra y enorme potencial de fuego de que disponía, la cual se habría enfrentado necesariamente a indefensos transportes desarmados, repletos de tropas.

Mejor fortuna tuvo nuestro *Castillo Peñafiel*, aunque estuvo en un tris de seguir el infortunio del *Castillo Olite*. Al llegar a la altura de Portman y navegando a unas siete millas de la costa, dispararon contra él piezas de la batería

(5) *Recuerdo del Castillo Peñafiel*. REVISTA GENERAL DE MARINA, mayo de 1964.

(6) Obra citada. Pág. 215.

«La Chapa». Aunque maniobró intentando ponerse fuera de su alcance, el lento avanzar lo mantuvo durante una hora interminable bajo su fuego, que le alcanzó en dos ocasiones pese a la habilidad con que el capitán Celestino Aguirre, aferrado en persona al timón, iba esquivando los disparos valiéndose de sus cercanos piques, a los que se dirigía para dificultar las correcciones en el tiro. Al mismo tiempo se producía el más persistente y numeroso ataque aéreo al buque, de los varios que sufrió, por parte de siete aviones de caza republicanos que lo bombardearon, sin alcanzarlo, y ametrallaron su atestada cubierta. El resultado fue una gran vía de agua, cerca de proa, en la banda de estribor y por debajo de la línea de flotación, producida por un proyectil de artillería del 15'24 que, milagrosamente, se pudo contener con una reparación de



Luis Enseñat Soler, jefe del 1.º Batallón del Regimiento de Infantería Zamora núm. 8. (Foto publicada en la *Revista Española de Historia Militar*, abril 2001).

urgencia aprovechando los tablones y cemento que cargaba el barco. También se produjeron diversas bajas entre la tropa. Y todo ello sin avistar ningún buque de la numerosa flota amiga que debía lógicamente encontrarse por aquellas aguas. La situación no podía ser más comprometida por lo que se decidió arribar hacia el puerto nacional más cercano, que era el de Ibiza. Pero la odisea aún no había finalizado. En la amanecida del día 8 se desató una fuerte marejada que obligó a reducir más la lenta marcha del barco para evitar que un golpe de mar se llevara a la tropa apretujada en cubierta, y a navegar proa a las olas para que afectaran éstas lo menos posible a la brecha abierta en el costado y tan endeblemente reparada. Con ello se rebasó la isla de Ibiza hasta que, virando en redondo, se pudo navegar empopando y llegar finalmente a la ansiada Itaca de su particular «odisea» que, en tal ocasión, era el suspirado puerto de Ibiza. En la proeza ganaron, muy merecidamente, la medalla militar individual, el capitán del buque y los comandantes de los tres batallones embarcados. Las bajas fueron de cuatro muertos y 25 heridos. Eran las 1600 horas del miércoles día 8 de marzo de 1939, con el mar ya en calma y el viento amainado cuando entraba en el puerto de Ibiza el *Castillo Peñafiel*, entrada que, si siempre resulta admirable, a los viajeros que llegaron en aquel trance les pareció realmente sublime.



General de Infantería de Marina Gerardo Barro Pravia, que en el empleo de comandante fue jefe del 1.º Batallón Expedicionario del Regimiento de Infantería de Marina de Ferrol embarcado en el *Castillo Peñafiel*. (Óleo sobre lienzo de M. González. Museo Naval).

Ante desaguisados tan evidentes como se dieron en la «expedición sobre Cartagena» es difícil no preguntarse por sus responsables. Pero por mucho que nos lo preguntemos nadie nos dará razón de ellos. Oficialmente no los hubo, pese a la magnitud de la catástrofe y al cúmulo de desaciertos, pues, como escribe Pérez Adán (7), «no se depuró ninguna responsabilidad ni se instruyó absolutamente ningún expediente», aunque se formularon inicialmente varios partes por escrito interesándolo, partes tan temidos en la milicia y tan difíciles de paralizar una vez cursados. Pero es que la verdadera responsabilidad estuvo en los más altos mandos y no en quienes obedecieron. Son conocidas las discrepancias iniciales respecto a la operación entre el general Franco y el almirante Francisco Moreno Fernández. El primero, con el almirante Cervera, jefe del Estado Mayor de la Armada, apostaba por la rapidez; el segundo, por la seguridad. Se ha pretendido que, como fue el Generalísimo quien

en principio se encargó personalmente de dirigir la operación, jamás perdonó a Moreno sus diferencias de criterio. Lo evidente es que le llevaron a ignorarle en la Victoria, a pesar de los servicios «insignes y casi sobrehumanos», como los califica Ricardo de la Cierva (8), prestados por el marino durante la guerra. Pero, al parecer, lo que en realidad no le perdonó fue su responsabilidad en el hundimiento del *Castillo Olite* y la odisea del *Castillo Peñafiel*, fácilmente evitables con una adecuada y posible vigilancia del pasillo de acceso a Cartagena que usaban los barcos procedentes de Castellón, para advertirles de que no se metieran en la ratonera que era la plaza una vez reconquistada por los republicanos y cancelada la operación. Realmente, tal omisión parece a todas luces injustificable por quien, ostentando el mando de la numerosa flota expectante frente Cartagena, sabía que algunos barcos navegaban sin

(7) Obra citada. Pág. 225.

(8) Obra citada. Pág. 177.

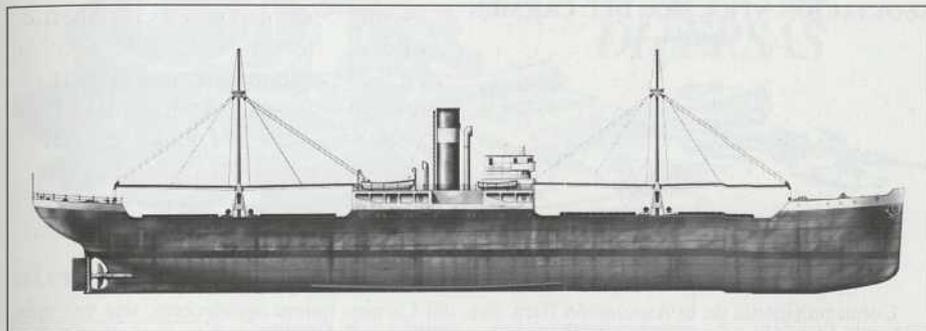
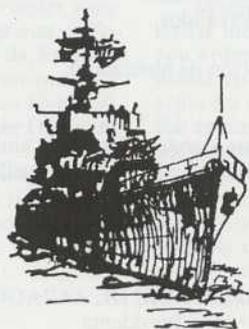


Ilustración de Luis Fresno Crespo. (*Revista Española de Historia Militar*, abril 2001, mostrando el aspecto que ofrecía el buque soviético *Smidovich* que tras su captura por el destructor nacional *Velasco* habría de bautizarse *Castillo Peñafiel*).

radio y sin escolta, aunque ello no fuera atribuible sino al propio Generalísimo, responsable de la «expedición», para unos, discutible, y para otros, desatinada. Pensemos, además, que éste, a las 0850 del día 6 (9), percatado de la imposibilidad de llevar directamente la operación y para compartir, quizá, el fracaso que empezaba a vislumbrarse, había dirigido al almirante el siguiente radio: «V. E. tiene mando toda operación». Moreno intentó justificarse, más tarde, en un informe que Franco no permitió se publicara, lo que no fue obstáculo para que le concediera, por los muchos méritos obtenidos durante la guerra, la medalla militar y, a título póstumo, el marquesado de Alborán, y hasta que, en su recuerdo, rompiera en sollozos ante sus hijos cuando le agradecían personalmente la concesión nobiliaria (10).



(9) DE LA CIERVA, Ricardo: Obra citada. Pág. 204

(10) MORENO DE ALBORÁN Y DE REYNA, Fernando y Salvador: *La Guerra Silenciosa y Silenciada*. Pág. 3.296.